



Algo para pensar 17

No dejes para mañana...



Luis Rojas Donat

Medievalista, profesor del Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad del Bío-Bío

Le conocí hace años siendo un hombre ordenado, diría yo, extremadamente ordenado y organizado, su tiempo estaba dispuesto en una agenda rigurosa y con caligrafía fiel. Con tal organización no era extraño que le alcanzara el tiempo para todo. Acostumbraba a jactarse con su habitual máxima: “no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy”, y una vez pronunciada la divisa se iba directo a la acción. En su vida esta frase se había hecho realidad, de tal manera que no solamente le alcanzaba el tiempo para hacer lo que tenía previsto en el día, sino que, con ese orden imperioso, descubrió que podía adelantar hoy las tareas que había predispuesto para mañana. Sin duda, cual ingeniero del tiempo, lograba realizar las tareas del día siguiente.

La vida nos separó y dejé de verle unos años, ocupado como se le veía en cubrir con su tiempo todas las actividades; sin duda, había puesto todo su interés en aprovechar de hacer lo que no era necesario hoy. Pero se había convencido de que así, adelantando sus tareas, lograría sus metas más rápido y, desde luego, tendría más tiempo para sí. Quizás de ese modo podría sentarse a descansar, habiendo cumplido con sus obligaciones.

Debo indicar que nunca entendí por qué estaba tan ocupado en hacer tantas cosas. Vivía con eterna prisa, y se alegraba conmigo al contarme de que tenía hecho casi todo lo que debía hacer ese mes... (¿?¿?)... estábamos en el quinto día. A su lado muchas veces me sentí un zángano, inepto e ineficiente, no alcanzaba a hacer lo que el día me daba, pues mi esposa y mis hijos, mis hermanos y mis amigos me reclamaban también su espacio. Pero he de confesar que, por el



contrario, me sentía tan a gusto con ellos que no podía disponer más tiempo para adelantar mis tareas.

Tiempo ha pasado desde entonces. Le ví antes de ayer y no pude creer lo que veía y escuchaba... se le veía muy envejecido; sus ojos tristes se movían con nerviosismo buscando el reloj; no pudo con un tic que le cogió los nervios, movía a la vez la cabeza y el hombro a intervalos próximos; pensé que algún grave accidente le habría malogrado su salud y su alegría. No era eso, sino una enfermedad crónica muy grave...

Me confió que no estaba bien, padecía de colon irritable, había adelgazado de manera preocupante; era evidente su incapacidad a la frustración y manifestaba rasgos de una neurosis, un cierto delirio de persecución, sufría de una depresión severa.

Mal diagnóstico y peor pronóstico. Había llegado al psiquiatra nada menos que por glorificar un supuesto buen uso del tiempo. Su adagio de vida fue no dejar para mañana lo que podría hacerse hoy, y tal como habría de esperarse, ello se convirtió en una obsesión, cambiándole el rostro a la realidad. Por ese camino paranoico, mi buen amigo no vivía las preocupaciones del presente, sino que se abrumaba resolviendo los problemas que ocurrirían en tres semanas más.

No es extraño que así se conviertan tantas buenas intenciones, tantas virtudes, tantas alegrías y esfuerzos en una perversión. Todas nuestras pequeñas exageraciones hemos de mantenerlas siempre bajo nuestra mirada, pues son ellas síntomas evidentes de niveles de neurosis.

¿Dónde estará el justo medio? No lo sé, pero es mejor que así sea, para que cada uno de nosotros disponga del tiempo para "perderlo" en saber cuáles son las cosas importantes de la vida, cuáles menos y, definitivamente, cuales no lo son.

Preocupémonos de hacer lo que tengamos que hacer, y hacerlo bien; el hacer-bien-hecho ha de ser intransable; y desde luego, dejemos para mañana aquello que sea posible hacerlo mañana sin que se



perjudique nuestro hoy.

Revise usted con criterio y verá que todo tiene su tiempo.

Yo creo que no es mucho más lo que la vida y nuestras personas queridas nos piden. De hecho, nadie nos exige hacer tantas cosas.